

www.cuadernosdelaberinto.com

COLECCIÓN BERBIQUÍ



www.cuadernosdelaberinto.com

José Ramón Ayllón Guerrero

PACIFIC GROVE

Prólogo: Ana Alcolea



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN BERBIQUÍ DE POESÍA, nº36—
MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

De la obra © JOSÉ RAMÓN AYLLÓN GUERRERO

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Fotografía de cubierta © CRAIG MARTIN GETZ
Fotografía del autor en la solapa © CRAIG MARTIN GETZ
Del prólogo © ANA ALCOLEA

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Primera edición: abril 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-96-9
Depósito legal: M-7098-2023

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A Martin,
que también me regaló *Pacific Grove*

www.cuadernosdelaberinto.com

*The only love you'll ever grow
is to look beyond the things you know.*

MARK EITZEL

www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

POR ANA ALCOLEA

¿Qué hace el poeta cuando camina por un mundo lleno de impostura, cuando viaja al interior de lo que ya conoce mediante imposturas universales? ¿Cómo se proyecta el poeta en el paisaje, en los pueblos, en las ciudades, en el tú amado? ¿Cómo mira y se mira el yo poético cuando lo acompaña un tú que lo protege de sus noches y sus miedos, mientras que es el día el que provoca las pesadillas porque hay *hombres que olvidaron el sueño de ser hombres*?

Prologar un poemario en el que cada verso contiene un mundo no es fácil. Ciertamente es uno de los cometidos principales de la poesía. Tal vez el más difícil; por eso cuando la lectura nos procura una mirada al mundo y a nosotros mismos, sabemos que estamos ante palabras que se convierten en nuestro propio espejo.

Pacific Grove es un viaje del yo poético, tal vez también del poeta, por los Estados Unidos. Asimismo es un viaje del tú poético, tal vez incluso del lector, al interior de sí mismo.

El viaje es conocimiento, introspección, comunicación, intercambio; es camino, es evolución, es tránsito, es palpito, es tiempo. Es palabra en el tiempo, como definía Antonio Machado a la poesía. También es palabra en el espacio y, en este caso, el devenir de los poemas transita de Este a Oeste. El poeta emprende su viaje desde el este de sus orígenes hasta Pacific Grove, en la costa californiana, donde todo se acaba, el *finis terrae* que deriva en el océano Pacífico. La cima a la que se ha ascendido para llegar a divisar la superficie de la ciudad y de las aguas, espejo en el que el poeta mira a su memoria y transforma sus recuerdos *que se rompen en pedazos / para hacerse recuerdos de otro tiempo distinto*.

Si *Pacific Grove* fuera un viaje en tren, cada poema sería una estación con escenas pintadas por Hopper. Pero también por Jackson Pollock y por Rothko. Personajes y paisajes incommunicados que a veces reflejan la soledad del yo, y también la del tú amado, y sobre todo *la carga insufrible / que supone tener que ser felices, / por el hecho de ser privilegiados / nativos orgullosos del imperio*.

El poeta observa lo que tiene a su alrededor y su mirada (como un rey Midas de la palabra) convierte el mundo en imagen poética. Así, *el agua se despeña desde*

las altas rocas / como si fuera una plegaria anónima. Y la familia es la piel de tu equipaje. La presencia de un colibrí trae realidad al mundo gris de la impostura: Un colibrí. Efímero paréntesis.

José Ramón Ayllón Guerrero escribe en voz alta; las palabras obtienen cuatro dimensiones: la que se escribe, la que se dice, la que se escucha y la que se lee. La palabra crea y recrea, transforma la realidad y el pensamiento en nuevas verdades a las que nos llevan el ritmo, las metáforas, los adjetivos, la conversión de verbos intransitivos en verbos transitivos. El lenguaje de Ayllón rompe, extraña, trastoca, no hace piruetas ni malabares artificiales, sino que se desliza en la danza ancestral de quien mira y escucha por primera vez el mundo con el bagaje de miles de años de historia que han visto y oído el caminar del universo: *El sol despierta impúdico huracán / de rojos encendidos y violetas granates / en la tersa epidermis de la tierra.*

La tierra primigenia, la América total, las minorías raciales, los puentes dorados, las líneas del horizonte dibujadas por los rascacielos, Salter, Pasolini, Neruda, Lorca, Whitman... Palabras que viajan en el tiempo y en el espacio hacia el oeste como tierra prometida, como el lugar donde se esconden la muerte y la vida. El oeste, Pacific Grove, donde tal vez también se camina hacia la soledad: *Does anyone know the way to solitude?*

A través de los versos de José Ramón Ayllón Guerrero, todos caminamos hasta nuestro particular *Pacific Grove*. Lo más íntimo del poeta llega al lector a través de ese hilo invisible que nos une y que está tejido de emociones y de palabras. Palabras que compartimos, pero a las que el poeta otorga significados nuevos en los que los lectores nos miramos y nos sorprendemos. Porque esa es la tela de la que está hecha la literatura. La gran literatura.

No, no es fácil prologar un poemario en el que cada verso contiene el mundo.

PACIFIC GROVE

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

VIAJE AL OESTE

Como un niño rebelde,
censuro a los que alientan el castigo
de no viajar a zonas oprimidas
o a países que arrasan con sus fueros
el frágil recipiente de la paz,
y glorifico a aquellos que en su día
eligieron venir a mi país
y regalarnos ánforas de oxígeno,
cuando la asfixia de una dictadura
mordía los pulmones de los que siempre pierden.

Como el niño curioso que todavía soy,
cruzo puentes ahora emocionado,
aliento el corazón de la aventura
y abrazo boquiabierto los paisajes
que he recorrido mudo tantas veces
en páginas de libros y pantallas de cine.

Como un niño obstinado e insolente,
enarbolo el legado de los indios
y el grito visceral de los esclavos;
resucito las cruentas epopeyas
de aquellos que perdieron sus orígenes,

intentando abrigarse en la esperanza
de un grato porvenir;
reescribo en el viaje la voz de una quimera
y mastico la sombra de los pájaros,
como si en sus cenizas latiera todavía
la llama virginal de un paraíso.

La inmensidad del aire se alborozaba
y voltea desde la tierra al cielo
un vértigo de cumbres y llanuras,
de caprichosas telas minerales,
de animales salvajes y bosques milenarios,
de voces enigmáticas que engarzan en la música
la plegaria ritual de tantos pueblos.
Una luz ancestral que rasga los confines
de un esquivo horizonte indescifrable
y aniquila inclemente la inclemencia del hombre.

Como un niño inocente,
aparcando la rabia ideológica
que me aleja del tufo de este imperio,
proclamo la inocencia de la tierra.

PACIFIC GROVE

El Pacífico sueña
una tarde improbable de julio y de verano.
Algún velero brilla en la distancia
fundiendo el gravitar de las gaviotas
y las olas perfuman la mirada
y el sinsabor salado de los riscos.
A mi espalda, las casas de madera,
los grandes y ostentosos ventanales
que vierten a la calle sin pudor
cualquier intimidad,
las puertas y los porches adornados
con un rosario de linternas chinas
y radiantes bombillas de colores.

No había estado aquí desde hace catorce años:
la Navidad después del 11S.
Aquella en que salíamos del súper
con las bolsas de plástico escupiendo
Proud to Be American,
aun cuando luego todos comulgaran
aquel silencio extraño colectivo,
evitando nombrar los atentados.

Por entonces no conocía a Salter
y mis padres vivían todavía.
Los tres han muerto ya. También tu madre.

Una pareja pasa y me pregunta
si he venido por ver el festival.
Les respondo que sí.
Mi inglés no da para explicarles mucho,
aunque quizá tampoco en español podría
hacerles como mínimo entender
que estoy aquí por ti exclusivamente.

Tú juegas a lo lejos al *frisbee* mientras tanto.
Paras por un momento. Me miras. Me sonríes.
Saludas con las manos por el aire,
como si fueran pájaros suspensos,
y regresas al juego entre los árboles.

Esta noche tendremos en la playa
fuegos artificiales.

FUEGOS ARTIFICIALES

Se nos cuelan a veces los recuerdos
por la ventana abierta
y nos pintan lunares de colores
en las paredes blancas,
serpentinan que trenzan por el aire
caprichosas imágenes,
fogonazos dormidos o enterrados
en el frágil pajar de la memoria.

La luz del *play* confusa se dispara,
activa el disco duro y lo bloquea
con ráfagas de tiempos imprevistos,
de camas superpuestas y habitaciones solas
que amortajan vivencias y secretos.

Fuegos artificiales iluminan de pronto
el lastimoso cielo de Udaipur
y los velos que envuelven como algas
el cuerpo frío ya
de la mujer ahogada que flota sobre el lago.
Fuegos que se confunden
con insurgentes noches de verbena;
con hogueras erguidas en mi infancia

como cipreses mudos,
redimiendo el azote de inviernos inclementes;
con la llama imprecisa de una vela
o la chispa que nutre, a través de la aguja,
el pálido abandono de un cuerpo consumido;
con los fuegos que anoche mordieron el océano
aquí en Pacific Grove.

El viaje multiplica las secuencias,
dinamita paisajes, los pervierte,
inunda las ocultas galerías,
donde tu piel profana los abismos
que otras pieles apenas intuyeron.

La arena de otras playas fortalece
el castillo sin muros que habitamos.

LIVERMORE

Once de la mañana de un miércoles de julio.
Un sol, igual al nuestro, calcina California
y abrasa la memoria del viejo cementerio.
Nombres y fechas. Polvo. La soledad profunda
que muerde bajo tierra este silencio largo.

Un toldo verde improvisado cubre
las lápidas gemelas donde yacen
los padres adoptivos de tu madre
y da sombra a su vez
a dos filas de sillas, también de lona verde.
Sobre una mesa frágil, con patas en tijera,
la urna que contiene las cenizas
que inhumaremos juntos
y dos fotos antiguas que ha traído tu hermana.
A tan solo unos metros, y ajenos al dolor
que de una forma u otra compartimos,
dos hombres nos dan tiempo y se marginan
de este momento íntimo,
esperando impacientes terminar su trabajo.

Anoche las noticias en la tele
daban en Livermore